

LA DUDA

Iba de camino a casa después de las extraescolares, por la noche, cuándo sentí que un coche me estaba persiguiendo. <<¡Zorra ,puta!>> me gritaba desde la ventanilla <<¿A donde vas tan sola?>>. Ahí fue cuando me asusté y entonces empecé a correr, entré a una calle sin salida, salté una valla por donde no pudiera pasar y esperé hasta que se fuera. Salí de ahí espantada y me dirigí hacia mi casa corrieron asegurándome de que no había nadie por la calle. Si te soy sincera no he estado más aterrada en mi vida.

Al llegar a casa mi madre me estaba esperando preocupada pero no pude evitar llorar desconsoladamente, le conté a mi madre lo que pasó y me tranquilizó como era de esperar ya que como dicen *Madre solo hay una*. Esa noche no cené nada, no tenía apetito y a la hora de dormir tampoco pegué ojo en toda la noche. <<¿Qué habría pasado?>> , <<¿Que lleva a los asesinos a matar a la gente?>> rondaban preguntas como estas por mi mente. Al siguiente día en el instituto estábamos en tutoría donde estaban hablando de los deportes que les gustaba, cuando una chica, Ana, dijo que no le gustaba ninguno a lo que nuestro tutor contestó que si no experimentaba no podría descubrir nuevas vocaciones. En ese instante fue cuando descubrí la manera de responder las preguntas de la noche anterior.

Por la tarde en una extraescolar, conocí a un chico llamado Rafa, era un chico delgado, no muy alto y débil. Tomé la iniciativa de hablarle, me dijo que era nuevo en el pueblo, y que se tuvieron que mudar por motivos de trabajo. Lo acompañé a su casa y nos despedimos. A la mañana siguiente me di cuenta de que estaba en mi clase, cada vez estábamos más unidos, teníamos mucha confianza. Algunas tardes iba a su casa e incluso me quedaba a cenar con ellos, hasta les caía bien a sus padres. Durante todo este tiempo he tenido ansiedad cada vez que me acordaba de aquella noche.

Un día entre muchos, vino a mi casa sin embargo mis padres no estaban. Al momento de irse lo acompañé hasta su casa y cuando llegamos a un callejón pensé que lo podía hacer, al fin.

Cogí una piedra y se la tiré a la cabeza con fuerza, dejándolo inconsciente en el suelo así pegándole una paliza mortal. Quedó con la cara inflamada por los golpes, me quedé mirándolo un rato con atención. Había mil maneras de acabar con él pero fue lo más rápido y eficaz de hacerlo. Disfruté como una niña pequeña, no sé cómo pero me gustó, me gustó tanto que volvería a repetirlo, posiblemente de otra manera. Fue como sentir la adrenalina recorrer por mis venas cuando estoy en una montaña rusa, como si estuviese pegándole al hombre de aquella noche, como si no matarlo fuese una elección de vida o muerte.

Y si, puede que ahora esté loca, demente o incluso lleguen a pensar que soy esquizofrenica. Pero nunca se sabe cuándo ni cómo vas a morir así que no te quedes con la duda.

Natalia Gutiérrez Juárez